

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

ANTONIO RODRÍGUEZ ALMODÓVAR

LA PRINCESA MONA

Había una vez un rey que tenía tres hijos. Un día, cuando ya era muy viejo, los convocó a los tres y les dijo:

—Quiero que os marchéis por el mundo, y el que me traiga la cosa más hermosa que yo os diré, ése heredará mi corona.

—¿Y qué quiere usted que le traigamos? —preguntaron los hijos.

—A ver quién me trae la toalla más preciosa —dijo el rey.

Y se marcharon los tres, cada cual en un caballo y por caminos distintos. Los dos mayores encontraron pronto lo que buscaban, pero al más pequeño se le hizo de noche y, a fuerza de andar, vio una luz a lo lejos. Era un caserío donde vivían muchas monas. Se acercó el príncipe y llamó a la puerta. Le abrió una mona muy vieja y le preguntó que qué quería.

—¿Puedo pasar aquí la noche? —preguntó el muchacho.

La mona entró a consultar y al momento salieron otras cuantas monas diciendo: «¡Qué pase! ¡Qué pase!» Una de ellas se dirigió a las demás ordenándoles que recogieran el caballo del príncipe y que prepararan la cena.

Pusieron una rica mesa, elegantemente vestida, con muy buenos manjares, y todas las monas comieron con el príncipe. Luego estuvieron jugando a las cartas y todo eso. Y cuando terminaron de jugar, la que mandaba dijo que lo llevaran a su habitación.

A la mañana siguiente, muy temprano, el príncipe ya se disponía a marcharse, cuando la mona vieja le preguntó que por qué se iba tan pronto. Salieron las demás y él les contó que tenía que seguir buscando un encargo para su padre, el rey.

—¿Y qué encargo es ése? —preguntaron las monas.

Entonces el príncipe les contó lo que había dicho su padre a los tres hermanos, y que tenía que llevar la toalla más preciosa. En seguida la mona que mandaba dijo que trajeran al príncipe el trapo de la cocina. Una mona muy fea cumplió la orden y trajo el trapo, que estaba todo manchado de grasa de las sartenes, lo envolvió en otros trapos

más sucios y asquerosos y se lo entregó al príncipe.

El príncipe no dijo nada. Cogió aquel lío y se marchó muy preocupado. Cuando llegó al palacio, ya sus hermanos habían vuelto y le habían presentado al rey unas toallas muy bonitas. Conque el rey le dijo:

—Bueno, a ver qué has traído tú.

El muchacho no se atrevía a enseñar lo que traía, pero, al fin, después de mucho rogarle, se puso a desenvolver los trapos y dentro apareció la toalla más preciosa que podía haber. Todas las manchas se habían convertido en flores y pájaros de colores. Al verla, dijo el rey:

—Pues mi hijo menor es el que ha ganado y él heredará mi corona.

Pero los otros hermanos empezaron a protestar y le pidieron al rey que les pusiera otra prueba. El rey consintió y dijo:

—Está bien. Ahora el que me traiga la palangana más hermosa ése se sentará en mi trono.

Otra vez los tres hermanos se pusieron en camino, cada cual por el suyo. Y aunque el más pequeño no quiso ir por el mismo de la vez anterior, su caballo se empeñó en que sí, y otra vez se encontró el muchacho en el caserío de las monas. La mona vieja se puso muy contenta, cuando abrió la puerta y lo vio. Llamó a todas las demás, que decían: «¡Qué pase! ¡Qué pase!»

La mona mandona dijo que guardaran el caballo y que preparasen la cena. Y pusieron una cena espléndida, como la noche anterior, y estuvieron jugando a las cartas y todo eso.

A la mañana siguiente el príncipe explicó lo que pasaba y que esta vez tenía que llevar la palangana más hermosa, si quería ser rey.

—Oye, tú —ordenó la mona mandona a otra—, trae aquí el bebedero de las gallinas.

Así lo hizo aquélla y envolvió en unos papeles el bebedero todo lleno de gallinazas. Después se lo entregó al príncipe, que lo cogió sin decir nada y se marchó.

Cuando llegó al palacio, su padre le dijo:

—Bueno, hijo, a ver qué has traído, porque ya tus hermanos me han presentado estas palanganas tan hermosas.

El muchacho, al verlas, sintió mucha vergüenza de lo que él llevaba y no se atrevía a enseñarlo. Por fin, después de mucho rogarle, se puso a desliar los papeles y entonces vieron una palangana hermosísima. Las gallinazas se habían convertido en flores y pájaros muy bien pintados.

—Para ti es la corona, hijo mío —dijo el rey—, pues como esta palangana no habrá otra en el mundo.

Pero los hermanos empezaron a protestar otra vez y convencieron al rey de que les pusiera una última prueba.

—Está bien —dijo el rey—. Ahora quiero que traigáis cada uno su novia. Y el que me la traiga más bonita se casará con ella y serán el rey y la reina.

Así que se marcharon los tres hermanos a buscar novia. Ya el menor iba temiendo lo que podía pasar, pues su caballo se empeñaba otra vez en seguir el mismo camino y nada pudo hacer para evitarlo. Llegó al caserío de las monas y la mona vieja se puso muy contenta al abrirle la puerta y las demás decían: «¡Qué pase! ¡Qué pase!» La mandona ordenó que cuidaran muy bien al caballo y luego dispuso una cena mejor todavía que las otras noches. Después jugaron a las cartas y todo eso.

Por la mañana el príncipe se quería marchar muy temprano, pero las monas no se lo consintieron hasta que él les explicó que esta vez tenía que llevar la novia más bonita, si quería ser rey.

—¡A ver, a ver! —exclamó la mandona—. ¡Aparejad en seguida nuestro carruaje y nuestros caballos, que nos vamos todas a palacio! ¡Tenemos que celebrar esa boda!

Y la mona más vieja fue a por otra mona, que era la más fea, pelada y andrajosa de todas y la metió en el séquito con las demás, que iban dando brincos entre los caballos, subiendo y bajando del carruaje y alrededor del príncipe. Éste iba en su caballo con mucha vergüenza.

Poco antes de llegar al palacio, había una fuente, donde todos se pararon a merendar. En cuanto reanudaron la marcha, vio el príncipe que el carruaje se había convertido en una carroza preciosa, todas las monas en pajes y criados muy bien vestidos y la mona pelada en una princesa, la más bonita del mundo.

Cuando el rey vio cómo venía su hijo menor, salió a recibirlo y dijo:

—Tú has ganado la corona por haberme traído los mejores regalos y, sobre todo, esta novia tan bonita. Te casarás con ella y ella será nuestra reina.

Y se casaron y vivieron felices y a los dos hermanos les dieron en las narices.